

UNA EXPERIENCIA CON ACIDO LISERGICO

RUBEN ARDILA Y ARDILA

La investigación con drogas de efectos psíquicos se ha incrementado ampliamente en los últimos años, con resultados asombrosos. La ciencia psicofarmacológica que comenzó en la alquimia y en las ceremonias religiosas de los pueblos primitivos, es hoy un valioso auxiliar de la Psiquiatría.

Algunas drogas, como las derivadas de la Rawolfia permiten manipular más fácilmente a los enfermos y son por lo tanto muy útiles. Otras como la Mescalina y el Acido Lisérgico se usan con fines puramente experimentales.

La Dietilamina del ácido lisérgico (LSD 25) se aplica por vía venosa o por vía oral, siendo las dosis sensiblemente iguales. En casos de sujetos normales se suministra un microgramo por kilo de peso, y en caso de psicóticos 3 microgramos por kilo.

FENOMENOS PSIQUICOS

A) *En el sujeto normal:*

Se acepta generalmente que la intoxicación no perturba los procesos intelectuales, pues el sujeto intoxicado es capaz de reconocer a su interlocutor, contestar las preguntas que se le formulan, evocar recuerdos olvidados, y describir al día siguiente su experiencia. Sin embargo todas estas posibilidades son virtuales, y los sujetos sometidos a la prueba son enfáticos al anotar la enorme di-

ficultad que experimentan toda vez que se proponen dirigir su pensamiento, elaborar un razonamiento, una asociación o un propósito.

La ideación puede acelerarse o retardarse. Hay una obvia disminución de la capacidad de atención y concentración. Igualmente son malas las capacidades de abstracción y de síntesis. Los tests mentales, utilizados para estudiar el efecto de la droga sobre las funciones mentales, dan resultados paradójicos y discordantes.

El sujeto intoxicado no realiza ningún acto excéntrico, pero llama la atención el estado de desinterés e inercia en que se encuentra, que contrasta vivamente con la intensidad de fenómenos psicológicos que describe. Bajo la presión de las circunstancias o bajo grande y penoso esfuerzo es capaz de realizar actos complejos.

Salvo algunos casos de confusión mental, el sujeto tiene una noción clara de su situación, conserva una cierta auto-crítica y sabe que está intoxicado; así, cuando presenta ilusiones o alucinaciones puede describirlas e interpretarlas como tales. No puede dirigir el curso de su pensamiento. El anclaje con lo real se hace laxo y el sujeto se despersonaliza.

El autocontrol y el sentido de las conveniencias se pierden, al menos en forma parcial, y el sujeto se comporta como un ebrio en la primera fase de intoxicación alcohólica. El humor varía

mucho durante la prueba. Los autores están de acuerdo en que el tono afectivo será una exageración del que existía previamente. La mayor parte de los sujetos están alegres y eufóricos, otros deprimidos y tristes, y una pequeña porción apáticos e indiferentes.

Los trastornos de la percepción constituyen la parte más interesante de la experiencia con ácido lisérgico. Parece existir una hiperestesia sensorial. La esfera visual proporciona la mayor parte de los fenómenos anormales: los sujetos tienen primero la impresión de que los objetos han perdido su forma definida, al mismo tiempo cambia la calidad de la percepción de los colores. En un nivel más profundo de alteración perceptiva, aparecen alucinaciones visuales francas (fenomenológicamente se trata de pseudo-alucinaciones, por cuanto el sujeto es capaz de criticarlas como anormales). Consisten en la aparición en el campo visual de líneas ondulantes o geométricas, de paisajes, caras, figuras o escenas complejas; estas visiones no son por lo general muy hermosas.

Junto con los fenómenos visuales aparecen, como especialmente características, alteraciones del esquema corporal, que van desde el agrandamiento, distorsión o empequeñecimiento del cuerpo entero o de uno de sus segmentos, hasta las francas vivencias de despersonalización.

Menos conocidos, pero no por ello menos interesantes, son las alteraciones en la vivencia del tiempo y el espacio. En este aspecto es necesario un estudio sistemático, aunque parece que el tiempo se contrae (el reloj anda más aprisa y el tiempo subjetivo transcurre muy lentamente). La temperatura y el metabolismo aumentan. El espacio de la escritura se prolonga.

B) *En los enfermos mentales:*

La LSD 25 se ha usado en los esquizofrénicos. Se reporta un incremento de síntomas neuróticos cuando éstos se ha-

llan presentes o una reactivación cuando son subclínicos o inaparentes. En los psiconeuróticos se anota sistemáticamente su efecto catártico, con producción de abundante material psicológico que pueda manejarse en la psicoterapia subsiguiente. >

El 7 de diciembre de 1962 y conociendo detalladamente los trastornos que la droga acarrea, ingerí la cantidad adecuada de LSD 25 con el fin de producir en mí los efectos de esa "psicosis inducida". El experimento se realizó bajo estricta vigilancia médica. El ácido lisérgico me transportó a un mundo diferente que es difícil describir con las palabras habituales; pero nunca perdí la conciencia de que se trataba de una prueba pasajera, y de que volvería a ser como antes.

Las líneas que vienen a continuación las escribí tan pronto desperté al día siguiente. Estaba aún bajo la terrible impresión vivida, pero a pesar de eso olvidé muchos detalles. Tienen como único mérito la espontaneidad vivencial, y para mí representan la experiencia más importante de mi vida.

Antes de la prueba: Estado de ánimo tranquilo, deseo de verlo y sentirlo todo.

Toma del Acido Lisérgico: 7 y 35 minutos de la noche.

Normalidad psicofisiológica por un tiempo que ocupé en hojear varios libros cuyos títulos y contenido recuerdo con aceptable claridad. Este período de dos horas transcurrió a excesiva velocidad, dejando sólo un recuerdo fugaz.

Pronto sensación de mareo general, de perder peso, de flotar. Las cosas vibran, se mueven lentamente. Experimento un cosquilleo en la garganta y unas náuseas que me esfuerzo por contener. Mi estado general de ánimo es agradable, de euforia. Percibo el ambiente que me rodea con claridad, aunque lo creo inestable. Hablo con C. sobre temas profundos y ella comenta que empezamos haciendo "pseudo-filosofía" como buenos esquizofrénicos.

Se acentúa más y más la pérdida de peso. Me muevo como entre nubes, como flotando, aunque al sentarme noto que mi silla está a la misma altura que la silla del vecino; vivencialmente no pasa así y yo la siento flotar. Cuando me levanto me muevo con facilidad asombrosa, como si no pesara nada. Todo se mueve como en un barco. Veo y oigo relativamente bien. Soy capaz de leer aunque me es difícil entender el contenido. Me ponen a contar con el fin de dar mi noción subjetiva de lo que es un minuto, y lo hago a gran velocidad según comparación con un criterio externo.

En cierto momento empiezo a ver puntos de colores como joyas grandes: rojas, amarillas, verdes, azules. El doctor C. me pide cerrar los ojos y esto precipita alucinaciones abundantísimas a colores; son puntos luminosos que se mueven de un lado para otro, se unen entre sí, se alargan, forman vértices, espirales, giran en todas direcciones.

Cuando el doctor me oprime el brazo izquierdo las visiones se hacen más concretas, más grandes, y convergen hacia ese lado. Al mismo tiempo se oscurecen. Las veo más angostas hacia la izquierda, donde fluyen y toman la forma de un abanico.

El doctor M. me oprime la nuca y las imágenes que habían vuelto a ser como antes, se dividen ahora en dos grupos simétricos. Esta noción de simetría perfecta aunque con muchas variaciones, acompaña toda la experiencia. Las figuras se oscurecen, muestran contornos más definidos. Convergen hacia un centro situado en el medio, pero a gran profundidad, lejísimos, sin que se vea en el fondo. Tal vez, realmente, no hay fondo.

Al abrir los ojos veo imágenes de un follaje multicolor, predominando el verde brillante. Cierro de nuevo los ojos y paso mi mano por el suéter. Esto produce la imagen de un puente de estilo oriental, con decorados abundantes, todo en color marfil. El puente se multi-

plica, se vuelve diez, mil, un número infinito. Cuando me oprimen la nuca todo converge hacia el centro, y los puentes desaparecen.

Abro los ojos y veo peces de mil colores que se alargan como anguilas, como papeles brillantes unidos unos con otros y en perpetuo movimiento. Todo muestra una cierta simetría, una armonía agradable, a pesar del desorden aparente. Percibo imágenes parecidas a la concepción artística de lo que es un átomo; después como miles de ganchos de coger papeles, como puentes que se superponen y bajo los cuales se mueven cohetes a gran velocidad.

Nunca pensé antes de someterme a la experiencia que las imágenes serían tan vivas y las alucinaciones tan abundantes. Sin embargo en todo momento las percibo como algo irreal, falso, extraño a mí, y que desaparecerá de un momento a otro.

En esos instantes la sensación más traumática se produce por alteraciones en la imagen subjetiva que poseo de mi cuerpo. Siento que he cambiado, que mi mano es diferente, no continua. Creo que podría estirar mi brazo, hacerlo una espiral y alargarlo hasta el otro extremo de la habitación. No lo hago por temor de que sea verdad. Me parece que no existo, que he salido de mí mismo y me he prolongado en las cosas. Creo hallarme en otro plano del cual es difícil escapar para establecer un contacto con las personas y las cosas que me rodean. Cada uno se mueve en un mundo diferente, en planos superpuestos. Cuando C. tira de mis cabellos siento que me arrastra de mi mundo al mundo de ella pero no logra hacerme llegar. El mundo de ella es verdadero y el mío es falso. Lo sé, lo presiento. Pero es cuestión de raciocinio, porque en este momento el mundo mío es el único real.

Yo vivo todo esto en forma traumática, aplastante, con un realismo que no esperaba. Sé que pasará, que volveré al mundo de todos los días y que esto que

vivo quedará sólo como una experiencia vivísima.

Digo lo que pienso en voz alta. Me preguntan si quiero volver; cuál mundo prefiero; por qué es real el que yo llamo verdadero (el mundo de ellos) y no el mío. En realidad no sé qué contestar. Quiero volver, sería terrible no hacerlo. Este nuevo plano es hermoso pero a la vez traumático, inestable, cambiante, absurdo. Estoy asustado. Cuando sigo parte a parte la línea de mi cuerpo me noto entero. Sin embargo no estoy ahí. He salido de mí mismo. Estoy a la vez en todas partes y tal vez no estoy en ninguna.

“¿Qué sientes como tuyo?”, me pregunta alguien. Lo pienso seriamente. Es difícil contestar. Quizá lo más mío es el maxilar inferior que me duele un poco y que siento en forma más concreta que los demás órganos. Sigo repetidamente la línea de mi cuerpo para convencerme de que existo, de que “estoy ahí”, como antes, pero no lo logro.

Al apagar las luces las imágenes se ven sobre un fondo más oscuro pero no desaparecen. Son puntos luminosos de diversos colores que se unen en racimos, saltan y danzan de aquí para allá. Cada luz que entra, cada palabra que se pronuncia, cada sonido que los asistentes producen, trastorna la escena. Al agitar unas llaves cerca a mi oído derecho todo se desplaza armónicamente de derecha a izquierda; las imágenes cambian y también los colores.

Si alguien enciende un fósforo la llama me trae de mi mundo lejano y absurdo pero vivamente real, al mundo que sé verdadero. Sin embargo no logro llegar. Y quisiera hacerlo. Me dicen que me esfuerce en lograr que todo desaparezca y vuelva a ser como antes: que me traslade al mundo de ellos. Lo intento pero no puedo, y esto me angustia.

El doctor M. me pide que dibuje un hombre y una mujer. Trato de hacerlo lo mejor posible, aunque resultan dos imágenes vacilantes y muy simples. En

el papel se forman figuras, caras semejantes a jeroglíficos aztecas, en cantidad alarmante. Aparecen imágenes estilizadas, amarillas, doradas y verdes, bellísimas, como grabados de un templo primitivo. (Tal vez en el Museo del Oro he visto algo parecido). Pretendo dibujar pero no lo consigo a satisfacción.

El centro del universo es ahora el bombillo del techo, frente a mí. En torno de la luz veo figuras como imágenes en un lago. El techo es una laguna en la que se miran muchas personas adornadas con cascos; caras serias y adustas, lujosamente ataviadas; figuras que se van diluyendo. Veo diversidad de cosas en el agua, hojas que flotan, más caras transformadas por el espejo líquido. Ese espejo no es ya un lago sino la separación de dos mundos; arriba hay uno y abajo otro diferente. Y yo no pertenezco a ninguno de ellos. Y yo no pertenezco tampoco al mundo de mis vecinos. Yo estoy solo en mi propio mundo. Es terrible.

El doctor M. me pide que escriba sobre un tema fácil, sobre “El pan” por ejemplo. No lo hago porque parece una idea tonta, además no sabría qué decir. Me pide que hable de “Nefertiti”, que me esfuerce por vivir mi libro¹. Veo imágenes en blanco y negro, dos jóvenes que se pasean por la orilla de un río; son los personajes centrales de mi obra.

El doctor C. me dice que recuerde escenas de mi infancia. Con asombrosa claridad veo una imagen que conservo en la memoria desde que tenía dos años y medio. Pero no logro recordar nada anterior.

He vivido escenas de mi libro y pasajes de mi infancia. Este mundo falso y maravilloso que percibo encierra muchos rincones ocultos. Tal vez sea el mundo de mi subconsciente.

Continúan las visiones como templos chinos de colores, rojo, morado, marrón.

¹ R. Ardila y Ardila: “Nefertiti, reina de Egipto”, Ed. Iqueima, Bogotá, 1961.

Cambian constantemente. Me piden que vea flores y logro hacerlo tras un esfuerzo notable; veo una margarita doblada sobre sí misma. Trato de imaginar personas vivas y logro ver dos, semiborradas, que desaparecen pronto.

El doctor C. me anuncia que la experiencia debe terminar. Es tarde y he alcanzado el máximo de psicosis inducida que se buscaba. No quiero que me inyecten (recibo Cloropromacina), pero sé que todo debe terminar.

Tras esto comprendo que el mundo en que vivo desaparecerá. Pero pasa el tiempo y todo sigue sin variación apreciable. Las imágenes empiezan a hacerse más claras, menos abundantes. Pero no regreso al mundo real. Me lleno de angustia, no quiero seguir esquizofrénico, quiero mi mundo habitual, mi mundo concreto, estable y prosaico. ¿Por qué no termina todo? ¿Quedaré por

siempre en ste universo de Cielo e Infierno mezclados? No quiero. Pocas veces creí en mi completo equilibrio mental. Y el LSD 25 pudo desencadenar una psicosis que perdurará por siempre!

En medio de tan terrible angustia, veo que todo vuelve a normalizarse, después de un tiempo subjetivamente larguísimo pero objetivamente aceptable. Todo vuelve a ser como antes. Una terrible taquicardia me anuncia que estoy de regreso.

Me levanto. Estoy cansado. Me duele la espalda, los brazos, el maxilar inferior. Quiero dormir, descansar, perder la conciencia, borrar las anteriores visiones de pesadilla. Todos me miran extrañados pero sonríen. Yo también sonrío. Estoy de nuevo en mi mundo habitual. Soy en adelante yo mismo, el que era antes de la prueba. Nunca más accederé a perder mi individualidad!

BIBLIOGRAFIA

LEONARD Uhr and MILLER, J. G.: *Drugs and Behavior*, J. Wiley, New York-London, 1960.

ROBERT S. DE ROPP: *“Las drogas y la mente”*. Ed. Continental S. A. México, 1959.

BELLAK, L.: *“Dementia Praecox”*. Grune and Stratton, New York, 1948.